

dito á una persona á quien se lo niega un sencillo banquero —dijo Adolfo.

—El Banco—arguyó Birotteau—siempre me ha parecido que no cumplía su destino cuando, al presentar su cuenta de beneficios, se ha alabado de no haber perdido más que cien ó doscientos mil francos con el comercio parisiense.

Adolfo empezó á reirse, y se levantó haciendo un gesto de hombre aburrido.

—Si el Banco empezase á hacer comandita con las gentes apuradas de la plaza más bribona y más peligrosa del mundo financiero, tendría que retirarse al cabo del año. Bastante trabajo le cuesta defenderse contra la circulación de valores falsos. ¿Qué sería si tuviera que estudiar los negocios de los que piden su auxilio?

—¿Dónde encontrar diez mil francos que me faltan para mañana sábado *treinta*?—se decía Birotteau al atravesar el patio.

Según costumbre, se paga el 30 cuando el 31 es día de fiesta.

Al llegar á la puerta cochera con los ojos bañados en lágrimas, el perfumista vió apenas un hermoso caballo inglés que se paraba en seco á la puerta arrastrando uno de los cabriolés más bonitos que rodaban entonces por las calles de París. Bien hubiera querido ser aplastado por aquel cabriolé, porque así debería su muerte á un accidente casual y se hubiera achacado á él el desorden de sus asuntos. El pobre César no reconoció á de Tillet, el cual, esbelto y elegante, entregó las riendas á su criado y echó una manta sobre el lomo de su sudoroso caballo.

—¿Cómo usted por aquí?—dijo de Tillet á su antiguo amo.

De Tillet lo sabía todo, pues los Keller habían pedido informes á Claparón, el cual había logrado destruir la antigua reputación del perfumista. Aunque contenidas de pronto, las lágrimas del antiguo comerciante hablaban elocuentemente.

—¿Habrá usted ido, por casualidad, á pedir algún favor á esos caribes, á esos estranguladores del comercio, que han hecho infames negocios como el de elevar el precio del añil

después de haberlo acaparado todo, bajar el del arroz para obligar á los tenedores á venderlo barato para adquirirlo ellos y acaparar el mercado, á esos atroces piratas que no tienen fe, ley ni alma? Usted no sabe lo que son capaces de hacer. Le abren un crédito á uno cuando tiene un buen negocio, y se lo cierran en el momento en que está más comprometido, para obligarle entonces á cederlo á bajo precio. En el Havre, en Burdeos y en Marsella le contarán á usted bonitas cosas de ellos. La política les sirve para cubrir muchas suciedades, y por eso yo les exploto sin escrúpulo. Demos un paseo, mi querido Birotteau. José—dijo al criado—pasee usted el caballo porque tiene mucho calor. ¡Qué diablo! mil escudos que me cuesta no son cuatro cuartos.

Y se dirigió hacia el bulevar.

—Vamos á ver, mi querido amo, porque usted ha sido mi amo, necesita usted dinero, ¿verdad? Y es claro, esos miserables le habrán exigido garantía. Pero yo le conozco á usted y le ofrezco dinero sin más garantía que su firma. He hecho honradamente mi fortuna con inaudito trabajo. Yo la fortuna la fuí á buscar á Alemania. Hoy puedo decírselo. Compré los créditos del rey al sesenta por ciento, y le estoy muy agradecido, porque su fianza de usted me fué muy útil. Si necesita usted diez mil francos, están á su disposición.

—¿Cómo, de Tillet!—exclamó César.—¿Es verdad? ¿no se burla usted de mí? Sí, yo estoy un poco apurado, pero no es más que por el momento.

—Lo sé, el asunto Roguín—respondió de Tillet.—¡Oh! ese pillastre también me ha cogido á mí diez mil francos, pero la señora Roguín me los devolverá. He aconsejado á esa pobre mujer que no hiciese la tontería de dar su fortuna para pagar deudas contraídas por una mujercuela. Eso sería bueno si lo pagase todo; pero ¿cómo favorecer á unos acreedores en detrimento de otros? Usted no es un Roguín, yo le conozco—dijo de Tillet,—y sé que se levantaría la tapa de los sesos antes que consentir que yo perdiera un céntimo. Mire, ya estamos en la Calzada de Antín; suba usted á mi casa.

El advenedizo se dió el gusto de hacer pasar á su antiguo

amo por las habitaciones en lugar de hacerlo por las oficinas, y le condujo lentamente á fin de dejarle tiempo para ver un hermoso y suntuoso comedor, adornado de preciosos cuadros comprados en Alemania, y dos salones de una elegancia y de un lujo que Birotteau no había admirado más que en casa del duque de Lenoncourt. Los ojos del burgués fueron deslumbrados por dorados, obras de arte, bagatelas locas, vasos preciosos, en una palabra, por mil detalles que eclipsaban el lujo de la habitación de Constanza; y como sabía lo que le costaba su locura, se decía:

—¿De dónde ha sacado tantos millones?

Entró en un dormitorio, al lado del cual le pareció la habitación de la señora Birotteau lo que es el tercer piso de un comparsa al palacio de un primer tenor de la Ópera. El techo, cubierto con satén de color violeta, estaba realzado por elegantes pliegues de satén blanco. Una alfombra de armiño se destacaba sobre los colores violáceos de otra de Levante. Los muebles y los accesorios ofrecían formas nuevas y de un refinamiento extravagante. El perfumista se detuvo ante un deslumbrante reloj que representaba al Amor y á Psyque, reloj que acababa de ser hecho para un célebre banquero y del cual de Tillet había podido obtener el único segundo ejemplar que existía. Por fin el antiguo amo y el antiguo dependiente llegaron á un gabinete elegante y coquetón y que olía más á amor que á negocio. La señora Roguín había ofrecido sin duda, como prueba de agradecimiento por los cuidados tenidos por su fortuna, un raspador esculpido en oro, prensa-papeles de malaquita cincelados y todas las costosas baratijas de un lujo desenfrenado. La alfombra, uno de los productos más ricos de Bélgica, asombraba tanto á la mirada como sorprendía á los pies por la blanda espesura de su mucha lana. De Tillet hizo sentar en el rincón de la chimenea al pobre perfumista, que estaba deslumbrado, sorprendido, confuso.

—¿Quiere usted almorzar conmigo?

Llamó y á poco apareció un ayuda de cámara mejor vestido que Birotteau.

—Diga usted al señor Legrás que suba, después vaya á

decir á José que se venga, le encontrará usted á la puerta de la casa Keller, y entre usted á decir á Adolfo Keller que, en lugar de ir á verle, le espero aquí hasta la hora de la Bolsa. Haga usted que me sirvan, y pronto.

Estas frases dejaron estupefacto al perfumista.

—¡Hace venir á ese temible Adolfo Keller y le manda como á un perro! ¡él, de Tillet!

Un criado pequeñito vino á desplegar una mesa que Birotteau no había visto, tan pequeña era, y trajo un pastel de *foie gras*, una botella de vino de Burdeos y todas esas cosas refinadas que no aparecían en casa de Birotteau más que dos veces por trimestre, en los grandes días. De Tillet gozaba. Su odio contra el único hombre que tenía el derecho de despreciarle se ensanchaba tan dulcemente, que Birotteau le hizo experimentar la sensación profunda que causa el espectáculo de un cordero defendiéndose de un tigre, y pasó por su corazón una idea generosa: se preguntaba si su venganza no estaba satisfecha, flotando entre los consejos de la clemencia despertada y del odio adormecido.

—Puedo anonadar comercialmente á este hombre— pensaba—y tengo el derecho de vida y de muerte sobre él, sobre su mujer, que se ha burlado de mí, y sobre su hija, cuya mano me ha parecido en otro tiempo toda una fortuna. Tengo su dinero; contentémonos, pues, con dejar nadar á ese pobre necio cogiéndose al extremo de la cuerda que le tenderé.

Las gentes honradas carecen de tacto y no tienen tino para hacer el bien, porque para ellos no existen los rodeos ni la segunda intención. Birotteau consumó su desgracia, irritó al tigre, le hirió en el corazón sin saberlo y lo hizo implacable con una palabra, con un elogio, con una expresión virtuosa, con la bondad misma de la probidad. Cuando el cajero vino, de Tillet le mostró á César diciéndole:

—Señor Legrás, tráigame usted diez mil francos y una letra de esta misma suma hecha á mi favor y á ochenta días vista, por el señor Birotteau.

De Tillet sirvió el pastel, vertió un vaso de vino de Burdeos al perfumista, el cual, al verse salvado, se entregaba á risas convulsivas; acariciaba la cadena de su reloj y no se

llevaba un bocado á la boca más que cuando su antiguo dependiente le decía:

—¿No come usted?

Birotteau salía así de la profundidad del abismo donde le había sumido la mano de de Tillet, de donde ella podía sacarle y adonde ella podía volver á sumirle. Cuando el cajero volvió, después de haber firmado la letra, y cuando César sintió los diez billetes de banco en su bolsillo, no se contuvo más. Un instante antes su barrio y la banca iban á saber que había suspendido los pagos y le era preciso confesar su ruina á su mujer; ahora, todo estaba reparado. La dicha de la salvación igualaba en intensidad á las torturas de la pérdida. Los ojos del pobre hombre se humedecieron á pesar suyo.

—¿Qué tiene usted, mi querido amo?—le dijo de Tillet.—¿No haría usted por mí mañana lo que yo hago hoy por usted?

—De Tillet—le dijo con énfasis y gravedad el buen hombre, levantándose y cogiendo la mano de su antiguo dependiente—te devuelvo toda mi estimación.

—¿Cómo! ¿La había perdido?—dijo de Tillet sintiéndose tan vigorosamente herido en el seno de su prosperidad, que enrojeció.

—Perdido... no precisamente—dijo el perfumista anonadado por su estupidez;—me han dicho tales cosas de su amistad con la señora Roguín... ¡Demonio! tomar la mujer de otro...

—Te hundes tú mismo, viejo mío—pensó de Tillet.

Al mismo tiempo que decía esta frase volvía á su proyecto de abatir aquella virtud, de pisotearla, de hacer despreciable en la plaza de París al hombre virtuoso y honrado, por el cual había sido cogido en flagrante delito. Todos los odios políticos ó privados, de mujer á mujer, de hombre á hombre, no tienen otra causa que una sorpresa semejante. No se odia nadie por intereses comprometidos, por una herida, ni hasta por un bofetón: todo es reparable. ¡Pero haber sido cogido en flagrante delito de bajeza! El duelo que sigue á esto entre el criminal y el testigo del crimen no termina más que con la muerte de uno de los dos.

—¡Oh! la señora Roguín—dijo burlonamente de Tillet—¿no es una pluma en el sombrero de un joven? Le comprendo á usted, mi querido amo; le habrán dicho á usted que me prestaba dinero. Pues bien, por el contrario restablecí su fortuna que estaba sumamente comprometida en los negocios de su marido. Como acabo de decirle, el origen de mi fortuna es puro. Yo no tenía nada ¡ya lo sabe usted bien! Los jóvenes se encuentran algunas veces en horribles necesidades. Puede uno dejarse llevar al seno de la miseria; pero si se hacen, como la República, préstamos forzosos, pues bien, se devuelven, y queda uno entonces más probo que Francia.

—Eso es—dijo Birotteau.—Hijo mío... Dios... ¿No es Voltaire quien ha dicho:

Hizo del arrepentimiento la virtud de los mortales?

—Con tal—repuso de Tillet herido aún por esta cita—que uno no se lleve la fortuna de su vecino cobardemente, bajamente, como por ejemplo, si usted hiciese quiebra antes de tres meses y mis diez mil francos se evaporasen...

—¡Yo hacer quiebra!—dijo Birotteau que había bebido tres vasos de vino y á quien el placer emborrachaba.—¡Conocidas son mis opiniones respecto á la quiebra! ¡La quiebra es la muerte de un comerciante, y yo moriría!

—A su salud—dijo de Tillet.

—Por su prosperidad—repuso el perfumista.—¿Por qué no se provee usted en mi casa?

—Porque—dijo de Tillet—lo confieso, tengo miedo á su señora ¡me causa siempre una impresión! y si usted no fuese mi antiguo amo, ¡á fe que!

—¡Oh! no eres tú el primero que la encuentra hermosa, y muchos la han deseado; ¡pero ella me ama! Vamos, de Tillet—añadió Birotteau—no hagas las cosas á medias, amigo mío.

—¿Cómo?

Birotteau explicó el asunto de los terrenos á de Tillet, el cual abrió unos ojos tamaños y cumplimentó al perfumista por su penetración y previsión al mismo tiempo que alababa el negocio.

—Pues bien, estoy contento de tu aprobación, porque pasas por una de las cabezas privilegiadas de la banca, de Tillet. Querido hijo mío, usted puede procurarme un crédito en el Banco de Francia, á fin de que pueda esperar los beneficios del *Aceite Cefálico*.

—Puedo dirigirle á usted á la casa Nucingen —respondió de Tillet prometiéndose hacer bailar á su víctima todas las contradanzas de los quebrados.

Fernando se sentó ante su mesa despacho para escribir la carta siguiente:

AL SEÑOR BARÓN DE NUCINGEN,

París.

«Mi querido barón:

»El dador de esta carta es el señor don César Birotteau, teniente alcalde del distrito segundo y uno de los industriales más renombrados de la perfumería parisiense, el cual desea entrar en relaciones con usted. Concédale con confianza todo lo que le pida; y, sirviéndole, servirá usted á su amigo

»F. DE TILLET.»

De Tillet no puso punto sobre la *i* de su apellido, y para aquellos con quienes tenía negocios, este error voluntario era una señal convenida. Las recomendaciones más vivas y las instancias más calurosas y favorables de su carta no significaban entonces nada. Semejante carta había sido arrancada por poderosas consideraciones, él no había podido negarse y debía ser considerada como nula. Al ver la *i* sin punto, su amigo despedía con cajas destempladas al recomendado. Muchas personas distinguidas son engañadas de este modo como niños por gentes de negocios, banqueros y abogados, los cuales tienen todos una doble firma, una muerta y otra viva. Los más astutos caen en el lazo. Para reconocer esta artimaña, es preciso haber notado el doble efecto de una carta calurosa y de una carta fría.

—¡Me salva usted, de Tillet!—dijo César leyendo aquella carta.

—¡Dios mío!—dijo de Tillet—vaya usted á pedir dinero á Nucingen sin temor, porque en leyendo esta carta le dará cuanto quiera. Desgraciadamente, tengo invertidos mis fondos en un negocio por algunos días, que si no, no le enviaría á usted á tratar con los príncipes de la banca, pues los Keller no son más que pigmeos al lado del barón de Nucingen. Con mi carta, saldrá usted del 15 de enero, y después ya veremos. Nucingen y yo somos muy amigos, y no creo que quiera disgustarme por un millón.

—Esto es como un aval—se dijo para sus adentros Birotteau, el cual salió de aquella casa lleno de agradecimiento hacia de Tillet.—Vaya, nunca resulta inútil el hacer bien.

De esta suerte filosofaba hasta más no poder. Sin embargo, un pensamiento agriaba su dicha. Durante algunos días había impedido que su mujer viese los libros y había encargado de la caja á Celestino, pretextando su deseo de que su mujer y su hija gozasen de sus hermosas habitaciones; pero una vez agotados estos pequeños goces, la señora Birotteau se moriría antes que renunciar á ver por sí misma los detalles de su casa y á tener la sartén por el mango, según decía ella misma. Birotteau carecía, pues, de nuevos recursos, toda vez que había agotado todos los artificios para ocultar á su mujer los síntomas de su apurada situación. Constanza había desaprobado enérgicamente el envío de las facturas, había reñido á los dependientes y acusado á Celestino de querer arruinar su casa, creyendo que era éste el iniciador de aquella idea. Celestino se había dejado refirir por orden de Birotteau. Para los dependientes, Constanza dominaba al perfumista, pues si es posible engañar al público, resulta en cambio imposible que las gentes de una casa sepan quién goza de superioridad real en un hogar. Birotteau tenía que confesar su situación á su mujer, ya que la cuenta de de Tillet iba á exigir una justificación. Al llegar á su casa, Birotteau vió con espanto á Constanza en el mostrador, examinando el libro de vencimientos y haciendo sin duda el arqueo de caja.

—¿Con qué pagarás mañana?—le dijo al oído cuando el perfumista se hubo sentado á su lado.

—Con dinero—respondió César sacando los billetes de banco y haciendo seña á Celestino de que los guardase.

—Pero ¿de dónde proviene ese dinero?

—Por la noche te lo diré. Celestino extiende usted una letra de diez mil francos para fines de marzo á la orden de de Tillet.

—¿De de Tillet!—repitió Constanza aterrada.

—Me voy á ver á Popinot—dijo César.—He hecho mal en no haber ido á visitarle á su casa. ¿Se vende su aceite?

—Las trescientas botellas que nos trajo ya están despachadas.

—Birotteau, no salgas, tengo que hablarte—dijo Constanza cogiendo á César por el brazo y llevándole hacia su cuarto con una precipitación que en cualquiera otra circunstancia hubiera causado risa.—¿Tratas con de Tillet, que nos robó mil escudos?—dijo la esposa cuando estuvo sola con su marido después de haberse asegurado de que no podía oírle nadie.—¿De Tillet, que es un monstruo que quería seducirme?—le dijo al oído.

—Locuras de la juventud—dijo Birotteau queriendo hacerse el despreocupado.

—Escucha, Birotteau, tú te extravías, ya no vas á la fábrica. Veo que hay aquí algo oculto, y vas á decirme lo, porque yo quiero saberlo todo.

—Pues bien—dijo Birotteau,—sabe que hemos estado á punto de quedar arruinados; esta misma mañana lo estábamos aún, pero todo está reparado.

Y acto continuo le contó la horrible historia de aquella quincena.

—¿De modo que fué esa la causa de tu enfermedad?—exclamó Constanza.

—Sí, mamá—dijo Cesarina,—y si vieras qué animoso se mostró papá! Sólo pensaba en tu dolor. Yo no quisiera más que ser querida como él te quiere.

—Mi sueño se ha cumplido—dijo la pobre mujer dejándose caer pálida, lívida, espantada, sobre una poltrona situada al lado del fuego.—Yo lo había previsto todo, y te lo advertí aquella noche fatal en nuestro antiguo cuarto que tu

has demolido. No nos quedará pan que llevarnos á la boca. Pobre Cesarina mía, yo...

—Vamos, ya comienzas—exclamó Birotteau.—¿A qué vas á quitarme ahora el valor que tanto necesito?

—Perdón, amigo mío—dijo Constanza tomando la mano de su esposo y estrechándola con entrañable ternura. Ha llegado el día de la desgracia, y no temas, yo la soportaré resignada, muda y animosa. No, jamás oirás una queja mía. Valor, amigo mío, valor—añadió sollozando y arrojándose en los brazos de César.—Si es preciso, yo lo tendré por los dos.

—Mujer, mi aceite nos salvará.

—¡Que Dios nos proteja!—dijo Constanza.

—¿No socorrerá Anselmo á mi padre?—preguntó Cesarina.

—Ahora voy á verle—exclamó César conmovido por el acento desgarrador de su mujer, á la que no conocía aún del todo después de diez y nueve años de unión.—Constanza, no temas nada. Mira, lee la carta que de Tillet dirige al señor de Nucingen. Con ella tengo la seguridad de obtener un crédito, y de aquí á entonces habré ganado el pleito. Por otra parte—añadió diciendo una mentira necesaria,—contamos con nuestro tío Pillerault. Se trata, pues, únicamente de tener valor.

—Si no se tratase más que de eso—dijo Constanza sonriendo.

Birotteau, aliviado de un gran peso, se fué como hombre puesto en libertad, aunque sentía en su interior ese indefinible agotamiento que sigue á las luchas morales excesivas, en las que se gasta más fluido nervioso y más voluntad de la que se debe emitir diariamente. Birotteau había envejecido.

La casa A. Popinot y Compañía, situada en la calle de los Cinco Diamantes, había cambiado mucho en dos meses. La tienda había sido repintada, los escaparates, llenos de botellas, regocijaban la mirada de todo comerciante que conoce los síntomas de la prosperidad. El suelo de la tienda estaba lleno de papeles de embalar. El almacén contenía pequeños

toneles de diferentes aceites adquiridos á crédito por Popinot, gracias á la intervención del adicto Gaudissart. Los libros de contabilidad y la caja estaban encima de la tienda y de la trastienda. Una anciana cocinera era la encargada de cuidar á los tres dependientes y á Popinot. Éste, confinado en un rincón de su tienda ante el mostrador, llevaba un delantal de jerga con dobles mangas de tela verde y una pluma en la oreja, cuando no estaba sumido en un montón de papeles, como en el momento en que llegó Birotteau, momento en que abría el correo lleno de cartas de pedidos.

Al oír las palabras «¿cómo va eso, hijo mío?» dichas por su antiguo amo, Popinot levantó la cabeza y se encaminó hacia él con aire gozoso, aunque dando muestras de gran frío, pues no había fuego en la tienda y la puerta permanecía abierta.

—Temía que no viniese usted nunca—respondió Popinot con aire misterioso.

Los dependientes acudieron á ver al gran hombre de la perfumería, al teniente alcalde condecorado, al socio de su amo. Aquellos mudos homenajes halagaron al perfumista. Birotteau, que tan pequeño era un poco antes en casa de los Keller, sintió la necesidad de imitarles, se acarició la barba, se irguió vanidosamente sobre los talones y por fin preguntó:

—Y qué, amigo mío, ¿se levanta la gente muy temprano?

—No, porque hay días en que no se duerme—dijo Popinot.—Es preciso aprovechar el éxito.

—¿Eh? ¿qué decía yo? mi aceite es una fortuna.

—Sí, señor, pero también los medios de ejecución influyen algo. Usted ha dado el diamante, y yo he sabido montarlo.

—Al grano—dijo el perfumista.—¿Cómo estamos? ¿Hay beneficio?

—¿Qué dice usted? ¿al cabo de un mes?—exclamó Popinot.—El amigo Gaudissart sólo hace veinticinco días que viaja. ¡Oh! éste nos es muy adicto. Le debemos mucho á mi tío. Los periódicos nos costarán doce mil francos—le dijo á Birotteau al oído.

—¡Los periódicos!—exclamó el teniente alcalde.

—¿Cómo! ¿no los ha leído usted?

—No.

—Entonces no sabe usted nada—dijo Popinot.—Veinte mil francos de anuncios, marcos é impresos... Cien mil botellas compradas. ¡Ah! en este momento todo es sacrificio. La fabricación se hace en gran escala. Si hubiese usted puesto los pies en el arrabal, donde he pasado á veces las noches, hubiera usted visto mi negocio. Por mi parte, durante estos cinco últimos días, he ganado diez mil francos nada más que con comisiones de aceites de droguería.

—¿Qué buena cabeza! Yo lo he adivinado—dijo Birotteau colocando la mano sobre los cabellos de Popinot y removiéndolos como si éste fuese un chiquillo.—Hasta el domingo, que comeremos en casa de tu tío Ragón—dijo Birotteau dejando á Popinot entregado á sus negocios, al ver que éstos iban bien.—¡Es extraordinario! Un dependiente se convierte en negociante en veinticuatro horas—pensaba Birotteau tan asombrado de la suerte y del aplomo de Popinot como del lujo de de Tillet.—Cuando le he puesto la mano en la cabeza, Anselmo ha tomado así un cierto aire como si fuese un Francisco Keller.

Birotteau no había pensado en que los dependientes le miraban y en que el dueño de una casa debe conservar siempre su dignidad delante de sus inferiores. Por bondad de corazón, el buen hombre había hecho allí una tontería como en casa de de Tillet, y por no saber comprimir un sentimiento verdadero toscamente expresado, César hubiera ofendido á cualquier otro que no hubiera sido Anselmo.

Aquella comida del domingo en casa de los Ragón iba á ser el último goce de los diez y nueve años del matrimonio Birotteau. Ragón vivía en la calle del Petit-Bourbon-Saint-Sulpice, en un segundo piso de una casa antigua de digna apariencia, ocupada por poltronas donde descansaban los restos de aquel siglo XVIII, cuya clase media, grave y seria, de cómicas costumbres, de respetuosas ideas para con la nobleza, con la soberanía y con la Iglesia, estaba admirablemente representada por los Ragón. Los muebles, los relojes, la ropa, la vajilla, todo parecía patriarcal y de formas nuevas, á causa

de su propia vejez. El salón, tendido de damasco antiguo y adornado con cortinas de brocado, ofrecía á las miradas canapés antiguos, escritorios, un retrato de Popinot, regidor de Sancerre, padre de la señora Ragón, que sonreía como un advenedizo en medio de su prosperidad y que había sido pintado por Latour. En aquel hogar, la señora Ragón acababa de adquirir su verdadero carácter mediante la intervención de un perrito inglés de la raza de los de Carlos II, el cual hacía un efecto maravilloso acostado sobre un sofá. Los Ragón se vanagloriaban de tener la virtud de conservar vinos añejos llegados á su mayor perfección, y de poseer algunos licores de la señora Anfoux, que les habían llevado de las islas algunas gentes bastante tercas para amar (sin esperanza, según decían) á la señora Ragón. Sus comidas eran, pues, muy alabadas. Juanita, una anciana cocinera, servía á los dos ancianos con ciega fidelidad, y habría sido capaz de robar frutas para confitárselas. Lejos de llevar su salario á la caja de ahorros, Juanita se lo jugaba á la lotería, esperando poder llevarles algún día el gordo á sus amos. Los domingos que había gente á comer, ella, á pesar de sus sesenta años, estaba en la cocina para vigilar los platos y en la mesa para servir con indescriptible agilidad. Los invitados eran el juez Popinot, el tío Pillerault, Anselmo, los tres Birotteau, los tres Matifat y el abate Loraux. Estas diez personas se reunieron á las cinco de la tarde. El anciano Ragón suplicaba siempre á sus convidados que fuesen puntuales. Cuando invitaban á aquel digno matrimonio, siempre se señalaba aquella hora para la comida, pues aquellos estómagos de setenta años no podían avenirse á las nuevas horas establecidas por el buen tono.

Cesarina sabía que la señora Ragón la colocaría al lado de Anselmo, pues todas las mujeres, aún las más devotas y estúpidas, entienden en materia de amor. La hija del perfumista se había vestido, pues, de un modo que enloqueciese á Popinot. Constanza, que no había renunciado sin dolor al joven Crottat, el cual desempeñaba para ella el papel de un príncipe hereditario, contribuyó, aunque no sin hacer amargas reflexiones, á vestir á su hija. Su previsión maternal bajó

la púdica manteleta de gasa para descubrir un poco los hombros de Cesarina y dejar ver el nacimiento del pecho, que era de notable hermosura. El cuerpo á la griega, cruzado de izquierda á derecha con cinco pliegues, podía entreabrirse mostrando deliciosas redondeces. El traje de merino gris dibujaba un talle que no pareció nunca tan fino ni tan flexible. En las orejas llevaba grandes aros de oro. Los cabellos, levantados á lo chino, permitían abrazar las suaves frescuras de una frente surcada de venas y que denotaba una vida pura. En una palabra, Cesarina estaba tan sumamente guapa, que la señora Matifat no pudo menos de confesarlo, sin notar que la madre y la hija habían comprendido la necesidad de conquistar á Popinot.

Ni Birotteau, ni su mujer, ni la señora Matifat, ni nadie turbó la dulce conversación que los dos muchachos, llenos de amor, mantuvieron en el alféizar de una ventana. Por otra parte, la conversación de las personas mayores se animó cuando el juez Popinot sacó á relucir la huída de Roguín, haciendo notar que era el segundo notario que faltaba y que semejante crimen no era conocido antaño. Al oír la palabra Roguín, la señora Ragón dió un pisotón á su hermano, y Pillerault procuró apagar la voz del juez, al mismo tiempo que le señalaba á la señora Birotteau.

—Lo sé todo—dijo Constanza á sus amigos con voz cariñosa al par que apenada.

—Vamos á ver, y ¿cuánto se les ha llevado á ustedes?—dijo la señora Matifat á Birotteau, que bajaba humildemente la cabeza.—Si fuera uno á hacer caso de las charlas, estarían ustedes arruinados.

—Tenía doscientos mil francos míos. Respecto á los cuarenta mil que simuló prestarme por medio de uno de sus clientes cuyo dinero había sido disipado por él, estamos en pleito.

—Esta semana se celebrará el juicio—dijo el juez Popinot.—He supuesto que á usted no le disgustaría que yo explicase su situación al señor presidente, y éste ha ordenado el examen de los papeles de Roguín, á fin de saber desde qué época dispuso de los fondos del prestamista

y de buscar las pruebas del hecho alegado por Derville.

—¿Ganaremos?—preguntó la señora Birotteau.

—No lo sé—respondió el juez.—Aunque pertenezco á la sala en que se ventila ese asunto, yo me abstendré de deliberar, aunque me llamen.

—Pero ¿puede haber duda en una cosa tan sencilla?—dijo Pillerault.—¿No tiene que hacer mención el acta de la entrega del dinero, y no están obligados los notarios á declarar que han visto la entrega? Si Roguín cayese en manos de la justicia, iría á presidio.

—Á mi juicio, el prestador debe dirigirse contra Roguín—respondió el juez;—pero en la audiencia hay en ocasiones asuntos más claros, y los consejeros se encuentran á veces seis contra seis.

—¿Cómo! señorita, ¿ha huído el señor Roguín?—exclamó Anselmo al oír lo que decían.—¿Y no me ha dicho nada don César á mí, que daría mi sangre por él?

Cesarina vió que en este *por él* iba comprendida toda la familia, pues si la inocente joven hubiese desconocido el acento, no podía dejar de entender la mirada que le dirigió su amante.

—Yo ya lo sabía y se lo dije; pero él se lo ocultó todo á mi madre y sólo me lo confió á mí.

—¿Usted le habló de mí en esa circunstancia?—dijo Popinot.—Entonces usted lee en mi corazón. Pero ¿lee usted todo lo que hay en él?

—Puede.

—¿Qué feliz soy!—dijo Popinot.—Si quiere usted quitarme todo temor, deme el sí, que dentro de un año seré tan rico, que su padre no me recibirá mal cuando yo vaya á hablarle de nuestro matrimonio. Pienso dormir únicamente cinco horas diarias.

—Tenga usted cuidado de no enfermar—dijo Cesarina con inimitable acento y dirigiendo á Popinot una mirada en la que se leían todos sus pensamientos.

—Constanza—dijo César al levantarse de la mesa,—me parece que esos jóvenes se aman.

—Tanto mejor—dijo Constanza con voz grave.—Así, mi

hija será mujer de un hombre de talento y de energía, y yo entiendo que el talento es el mayor dote de un pretendiente.

Y dicho esto, se apresuró á abandonar el salón para irse al cuarto de la señora Ragón. Durante la comida, César había dicho algunas frases que denotaban tanta ignorancia, que hicieron sonreír á Pillerault y al juez, y recordaron á la infortunada Constanza lo débil que era su marido para luchar con la desgracia. La señora de César se sentía intranquila y desconfiaba instintivamente de de Tillet, pues todas las madres saben el *Timeo Danaos et dona ferentes*, sin saber latín, y lloró en brazos de su hija y de la señora Ragón sin querer confesar la causa de su pena.

—Es nervioso—dijo.

El resto de la velada fué dedicado á las cartas por los viejos, y por los jóvenes á esos deliciosos juegos llamados inocentes porque cubren las inocentes malicias de los amores.

—César—dijo Constanza mientras se dirigía á su casa,—el 8 vete á casa del señor Nucingen á fin de tener la seguridad de que el 15 podrás cumplir tus compromisos. Si ocurriese algún inconveniente, ¿encontrarías recursos de la noche á la mañana?

—Iré, mujer, iré—dijo César estrechando las manos de su mujer y su hija.—¿Pobrecillas! ¡qué tristes aguinaldos os he dado!

En la obscuridad del coche, aquellas dos mujeres, que no podían ver la cara del pobre perfumista, sintieron caer sobre sus manos ardientes lágrimas.

—Ten confianza, amigo mío—dijo Constanza.

—Todo irá bien, papá. Anselmo Popinot me ha dicho que derramaría su sangre por ti.

—Por mí y por la familia, ¿verdad?—repuso César procurando tomar un aire alegre.

Cesarina estrechó la mano á su padre, dándole á entender que Anselmo era su desposado.

Durante los tres primeros días del año, Birotteau recibió doscientas tarjetas. Esta afluencia de falsas amistades y estos testimonios de favor son horribles para las gentes que se ven arrastradas por el torbellino de la desgracia. Birotteau

se presentó en vano tres veces en el palacio del famoso banquero barón de Nucingen. El principio del año y sus fiestas justificaron la ausencia del banquero. La última vez el perfumista llegó hasta el despacho del barón, donde su primer dependiente, un alemán, le dijo que su amo había regresado á las cinco de la mañana de un baile dado en casa de los Keller, y que, por lo tanto, no estaría visible hasta las nueve y media. Birotteau supo interesar al primer dependiente, con el cual estuvo hablando cerca de media hora, y este ministro de la casa Nucingen le escribió una carta aquel mismo día diciéndole que el barón le recibiría al día siguiente, 13, á las doce. Aunque cada hora fuese preciosa para César, el día pasó con espantosa rapidez, y el perfumista fué en coche al palacio del banquero, cuyo patio estaba plagado de coches. El pobre hombre sintió su corazón oprimido al ver los esplendores de aquella casa célebre.

—Y sin embargo, ha liquidado dos veces—se dijo al subir la soberbia escalera adornada de flores y al atravesar las suntuosas habitaciones donde la baronesa Delfina de Nucingen se había hecho célebre.

La baronesa tenía la pretensión de rivalizar con las casas más ricas del arrabal Saint-Germain, donde no había sido aún admitida. El barón almorzaba con su mujer, y no obstante el sinnúmero de gente que le esperaba en sus oficinas, dijo que los amigos de Tillet podían entrar en seguida. Birotteau se estremeció de esperanza al ver el cambio que había operado esta orden del barón en la insolente cara del ayuda de cámara.

—*Pegóname, queguida mía*—dijo de Nucingen levantándose y haciendo á Birotteau una ligera inclinación de cabeza.—Este *caballego* es un buen *gualista* amigo íntimo de de Tillet. *Pog* otra *pagte*, el *señog* es teniente alcalde del segundo distrito, da bailes de una magnificencia asiática y sin duda tendrás gusto en *conocegle*.

—Tendré una satisfacción en tomar lecciones en casa de la señora Birotteau, pues Fernando... (Vamos—pensó el perfumista,—le llama Fernando lisamente)—nos ha hablado de ese baile con una admiración tanto más preciosa, cuanto

que él no se admira de nada. ¿Tardará usted en dar otro?—le preguntó Delfina con amabilidad.—Fernando es un crítico severo y todo debió ser allí perfecto.

—Señora, los pobres como nosotros se divierten rara vez—respondió el perfumista ignorando si era aquella una burla ó un cumplido vano.

—El *señog Gringdot* fué el *decogadog* de sus habitaciones—dijo el barón.

—¡Ah! ¿Grindot? sí, es un arquitecto que acaba de llegar de Roma y que me encanta con los deliciosos dibujos que pinta en mi álbum—dijo Delfina.

—Nosotros también damos sencillos bailes—dijo el barón dirigiendo una escudriñadora mirada al perfumista.

—Señor Birotteau, sin cumplidos, ¿quiere usted almorzar con nosotros?—dijo Delfina mostrando una mesa suntuosamente servida.

—Señora baronesa, he venido para un negocio y estoy...

—Sí, es *vegdad*—dijo el barón.—*Señoga*, ¿me permite usted *hablag* de negocios?

Delfina hizo un pequeño movimiento de asentimiento diciéndole al barón:

—¿Va usted á comprar perfumería?

El barón se cogió de hombros, y volviéndose hacia César, le dijo:

—De Tillet siente un vivo interés por usted.

—Vaya—pensó el perfumista,—al fin vamos al grano.

—Con su *cagta* tiene usted en mi casa un crédito que solo *segá* limitado *pog* los propios límites de mi *fojtuna*.

El bálsamo que contenía el agua que presentó el ángel á Agar en el desierto debió parecerse al saludable fresco que comunicaron estas palabras á las venas del perfumista. Para tener motivos para volverse atrás de sus palabras, mal pronunciadas y mal entendidas, el astuto barón había empleado la horrible pronunciación de los judíos alemanes que se precian de hablar francés.

—Y tendrá usted una cuenta *cogiente*. He aquí cómo nos *aguegaglemos*—dijo con amabilidad alsaciana el bueno, venerable y gran financiero.

Birotteau no dudó ya de nada; era comerciante y sabía que los que no están dispuestos á hacer un favor, no pierden el tiempo en preguntar los detalles de la especulación.

—No he de enseñarle ya que tanto á los grandes como á los pequeños el Banco exige tres *figmas*. Haga usted, pues, tres efectos á la *ogden* de nuestro amigo de Tillet, y yo las enviagué el mismo día con mi *figma* al Banco, y así tendrá usted á las cuatro el *impogte* de los efectos que haya usted suscrito *pog* la mañana. Yo no *quiego* comisión, descuento, ni nada, *pogque* tendré un *placeg* en *segyigle*. *Pegó* exige una condición.

—Señor barón, está concedida de antemano—dijo Birotteau, creyendo que se trataría de algún descuento sobre los beneficios.

—Una condición que es *paga* mí muy *impogtante*, *pogque* *quiego* que la *señoga* Nucingen tome, como ha dicho, lecciones de la *señoga* *Bigotteau*.

—Señor barón, le suplico que no se burle de mí.

—*Señog* *Bigotteau*—dijo el banquero con seriedad—queda convenido que nos *invitagá* usted á su próximo baile. Mi *mijeg* siente envidia y *quieque* *veg* su casa, de la que le han hecho *ggandes* elogios.

—¡Señor barón!

—¡Oh! si se niega usted, nada de cuenta. Goza usted de gran *favog*. ¡Ufl! ya sé que tuvo usted al prefecto del Sena.

—¡Señor barón!

—Tenía usted á La *Billagdiegue*, un hidalgo *ogdinagio* de la *Cdmaga*, buen *gualista*, como usted que fué *heguido* en San *Goque*.

—El 13 de Vendimiario, señor barón.

—Tenía usted al *señog* de *Lacepede* y al *señog* *Vauquellin* de la Academia.

—¡Señor barón!

—¡Eh! no sea usted tan modesto, *señog* alcalde. Yo he sabido que el *gey* ha dicho de su baile...

—¡El rey!—dijo Birotteau, que no había sabido tanto.

En este momento entró familiarmente en la habitación un

joven cuyos pasos, reconocidos desde lejos por la señora de Nucingen, le hicieron enrojecer.

—Buenos días, mi *queguido* de *Magsay*—dijo el barón de Nucingen.—Sustitúyame usted, *pogque* me han dicho que hay mucha gente en mis oficinas. Ya sé *pog que*. Las minas de *Wogchin* dan capitales *enogmes*. Sí, he *gucibido* las cuentas. *Señoga* de Nucingen, tiene usted cien mil francos más de *genta*.

—¡Gran Dios! ¡y los *Ragón* que han vendido sus acciones!—exclamó Birotteau.

—¿Quién es este señor?—preguntó sonriendo el joven elegante.

—*Migue* usted—respondió el señor de Nucingen sonriéndose cuando llegaba á la puerta,—de *Magsay*, esa *pegsona* es el *señog* *Bigotteau*, su *pegfumista*, que da bailes de una magnificencia asiática y que ha sido *condecogado* *pog* el *gey*.

De Marsay tomó su monóculo y dijo:

—¡Ah! es verdad, ya decía yo que esa cara no me era desconocida. ¿Va usted acaso á perfumar sus negocios con algún virtuoso cosmético?

—Pues bien, esos *Gagón*—repuso el barón haciendo una mueca de descontento,—tenían cuenta en mi casa, yo los *favogeci* con mi *fogtuna* y ellos no han *quegido* *espegag* un día más.

—¡Señor barón!—exclamó Birotteau.

El buen hombre encontraba su negocio demasiado obscuro y sin despedirse de la baronesa ni de Marsay, corrió tras del banquero. El señor de Nucingen estaba en el primer peldaño de la escalera y el perfumista le alcanzó abajo, cuando iba á entrar en sus oficinas. Al abrir la puerta, el señor de Nucingen vió el gesto de desesperación que hizo aquella criatura que se sentía sumida en un abismo, y le dijo:

—Bueno, queda entendido. Vea usted á de Tillet y *agéguelo* todo con él.

Birotteau creyó que de Marsay podría ejercer algún imperio sobre el barón, subió la escalera con la rapidez de un rayo y se metió en el comedor donde la baronesa y de Marsay debían hallarse aún, pues al salir él, Delfina esperaba